
Falsedad lingüística y cinismo político

¿El lenguaje ha retrocedido tanto que ha llegado a las fronteras de la inanición del pensamiento y la dignidad de las personas?

JOSÉ M^a GARCÍA LÓPEZ

1. La práctica de la democracia española, ya en su cuarta década, ha dado amplias muestras de oscilaciones ideológicas y factuales, hipocresías y rebajamientos. En las formas públicas de comunicación se ha podido seguir una tendencia izquierdista, más o menos de progreso hacia el futuro y de compromiso con la justicia, el derecho a la dignidad y la igualdad de oportunidades para cada individuo, así como otra deriva, tan simplistamente llamada de derechas, acaparadora de unos privilegios de élite, defensora de los hechos consumados como únicos bienes del mundo y sin un verdadero respeto a las posibilidades creativas, investigadoras o críticas de la humanidad, intuida como caja de sorpresas y esperanza de transformación.

Muchos análisis de esa situación lo han sido desde las indicaciones del lenguaje verbal, fijado el principio (que José María Valverde juzgaba uno de los descubrimientos del siglo XX) de que el pensamiento se rige por categorías lingüísticas. No hay duda, al menos, de la aportación de las teorías europeas de la filosofía del lenguaje (Russell, Wittgenstein, Gadamer) o de las americanas del relativismo lingüístico (Sapir-Whorf), así como de los análisis sociolingüísticos del inglés Bernstein, del rumano Coseriu y el español Manuel Alvar o de los también americanos William Labov y Deborah Tannen. Sin embargo, a pesar de que continuamos hablando, leyendo y escribiendo en un soporte u otro, ya no se puede afirmar que ese lenguaje verbal sea el principal instrumento propiciador y límite del pensamiento, aceptado también que así como existen las acciones lingüísticas, el pensamiento continúa existiendo a la par. Pero de qué pensamiento y de qué uso lingüístico se trate serían las cuestiones que habría que dilucidar, junto a sus causas y fines.

Con las excepciones que sean reconocibles, el pensamiento lúcido y la elocuencia para expresarlo han venido produciéndose en ese ámbito que hemos llamado izquierdista, no estrictamente especializado, ni en general marxista, y menos prosoviético o prochino, ya que hoy es difícil exteriorizar cualquiera de estas dos simpatías. Refiriéndonos a una dimensión vulgarizadora o mediática, valgan los artículos de García Calvo, Saramago, Sánchez Ferlosio, Juan Goytisolo y Ariel Dorfman o algo después las comparencias de Félix de Azúa, Josep Ramoneda, Fernando Savater o Paolo Flores D'Arcais, junto a los primeros discursos de Felipe González o los invariables de Julio Anguita (un tanto ensordecidos o inauditos) y, con sus diferencias particulares, los de unos cuantos opinadores más.

La cosa se complica si se pretende situar enfrente una lista en la que figuren otros nombres tan ilustrados y conspicuos como los anteriores. ¿Pensadores elocuentes de derechas, sin remontarnos a la metafísica de Zubiri o al casticismo apolillado de Pemán? Arduo y penoso desde cualquier perspectiva moderna. Podríamos pensar en Tovar, Ruiz-Giménez, Torrente Ballester... pero quedan también

JOSÉ M^a GARCÍA LÓPEZ

muy lejos de la actualidad y además evolucionaron todos ellos, o dijeron que evolucionaban, como lo hicieron Ridruejo, Laín y Aranguren. Desde luego no podríamos ubicar en la derecha a Julián Marías, que sufrió el ninguneo intelectual durante el franquismo, ni al lingüista Lázaro Carreter, excelentes ensayistas y escritores elocuentes los dos, pero sí con toda probabilidad a Borges y Vargas Llosa, para mencionar a otros latinoamericanos, grandes creadores ambos y hablantes precisos, y, ya en el campo de lo sórdido, al Nobel C. J. C., notable sin embargo en su manejo del idioma.

Dentro de esos dos círculos, que se trazan mediante arcos de nombres como los anteriores (dicho sin pretensiones de exhaustividad), habría que inscribir a los políticos profesionales, que son los representantes de todos los demás, comprendidos los mejor preparados que ellos, los más sinceros, los más lúcidos y consecuentes políticamente, así como a los ciudadanos corrientes, a los no obligados por prioridades intelectuales o a los desastrosos y abyectos, que o se representan a ellos mismos o no se sabe muy bien a quién representan.

Con o sin tal influjo de la elocuencia intelectual, imperativamente iluminadora, aunque no siempre de hecho, las gentes y las personas individuales han venido denunciando esas palabras de los políticos que producían esperanza, engañaban y desengañaban, o dejaban ver bajo ellas algo muy distinto de los predicados superficiales, muchas veces algo que contradecía programas y promesas. Pero la sospecha del discurso, o ese buceo en la torpeza o la inocencia del lenguaje verbal, de tantas frases repetidas y aun proclamadas, solía aplicarse preferentemente, hasta hace poco, a los políticos que prometían un cambio social en el país y que durante bastantes años habrían tenido la oportunidad y la obligación de impulsarlo, es decir, los políticos de izquierdas, aunque sólo fuera por la experiencia del golpismo de derechas que acarreó la guerra de 1936, la inicua posguerra y las providencias del genocida que dejó su pactada sucesión, entre otras aberraciones e improntas, asegurada y bien, o no tan bien, asegurada.

Por otro lado la inteligencia, socialmente humilde aunque en la actualidad ascendiendo de modo gradual y con frecuencia fementi-

do, despreciaba a la derecha casi por definición. Despreciaba a un conjunto muy importante de la misma, choques ideológicos aparte, por su incapacidad argumentativa, por su notable incultura, sobre todo en las capas más aristocratizantes (no desmanteladas por quienes hubieran estado llamados a hacerlo) y por la zafiedad y la pereza mental que son inherentes a quienes han heredado o usurpado posesiones y no van a arriesgarse a perderlas. Los nobles o menos nobles terratenientes, los banqueros y grandes empresarios, los especuladores y los selectos de algún otro gremio no tienen por qué haber leído los libros que solían almacenar en sus bibliotecas, no tienen por qué saber del arte que suele prestigiar sus mansiones, ni del pensamiento científico, cuyas aplicaciones tecnológicas pueden comprar y vender, ni de historia, que los descubriría, ni de estética, que los haría enfrentarse desmerecidamente con su imagen. No tienen por qué entender (de) lo que pueden poseer y ni siquiera necesitan saber de economía, de gestión empresarial o mercantil, ya que también pueden adquirir las instancias e influencias intermediarias.

Toda esta parafernalia sectaria había venido siendo denunciada (con escasa utilidad) por los observadores de izquierdas, de los que se han citado algunos, en el desarrollo de lo que en España se ha denominado transición democrática y luego se ha metaforizado mediante el “pelotazo” especulativo o la “burbuja” hipnótica, en la que tantos aspirantes a neoburgueses fueron hipotecados y empujados al vacío desde las plusvalías usurarias y las prebendas y evasiones capitalistas. Qué ha pasado ahora. Ha irrumpido la involución social de un modo tan bárbaro que ha arrasado por vía de cinismo negativo el territorio de la crítica y la descalificación. Pero veamos cómo se producían en los niveles lingüísticos (de la política a la publicidad y a la calle) algunas modalidades de la inercia, la falta de inspiración y de valor y la mentira regenerada.

2. Hay que partir de las deformaciones prosódicas que se originaron en los estertores del franquismo y crecieron en la Transición, en los mítines del socialismo reaparecido con nuevos ímpetus y expectativas

JOSÉ M^a GARCÍA LÓPEZ

y en los debates parlamentarios, como el brillante de Felipe González en mayo de 1980, cuando el PSOE presentó una moción de censura contra Suárez y la UCD. De esos tiempos de esperanza socialista, luego tan contradicha y casi exterminada, parte la costumbre de descolocar el acento de algunas palabras señeras en el devenir de la época. Palabras que llevaban siglos con su distribución de sílabas tónicas y átonas y que poco a poco fueron alterando su fonética para convertirse en “résponsabilidad”, “cónsideración”, “préventivas”, “cápitalización”, etcétera, no pronunciadas sólo por políticos socialistas, pero sí, de modo pionero, con reiteración y múltiples adopciones.

Qué podían pretender en su momento esas transmutaciones fonéticas, aparte de dar énfasis esdrújulo al decurso fónico castellano, predominantemente paroxítono o llano. Eran síntoma de inseguridad en el hablante, alguien que no se fiaba de la discreción histórica de los términos usados o no conocía bien su significado. El acento adelantado-reforzado era en estos casos el de la debilidad, si no el subconsciente del engaño, un marcador inquietante del carácter ideológico y ético del emisor. Nadie con intención de referirse fielmente a lo que representan los vocablos dice “áamor”, “cárretera” o “tórtuga”, si no es por juego lingüístico o por aprendizaje defectuoso del idioma.

En cuanto al léxico que ha invadido nuestro afán de modernidad es más difícil adscribirlo a un origen u otro, pero no cabe duda de que su expansión, que adopta a la vez tantos modos de la lengua inglesa, parte de ese espectro liberalizador que nos remite al socialismo como “talante” contrario al oscurantismo de la posguerra y el franquismo hasta su agonía. Al régimen dictatorial se asociaba una retórica engolada, un lenguaje fósil y repelente. Los tics y el ingenio popularizado surgieron ya en los años sesenta, pero de manera más politizada en torno a 1968, las frases hechas con su anticasticismo pop y un poco más adelante posmoderno, la diferencia democratizante que implicaba uniformidad, las jergas resultonas procedentes de ciertos tráficos y semidelincuencias, los idiolectos e imaginarios juveniles con sus secuelas de adoración adulta alrededor, la ufanía del escepticismo y la parodia como nuevos dioses irrenunciables.

En este aspecto no han sido pocos los periodistas, escritores, lingüistas o hablantes sencillos que han señalado el empleo pedante de “tema” por asunto o cuestión, “género” por sexo, como si aún el tabú gravitara sobre este segundo término, “escuchar” por oír, “apuesta” por optar o poner sus esperanzas en... “disfrutar”, aplicado a cualquier realidad cotidiana: disfrutar de los hijos o del fin de semana, “disfrutar de resultados electorales” (Rodríguez Zapatero, junio de 2009), disfrutar de todo lo habido y por haber. O los usos indiscriminados de “sostenible”, “ecológico” (desarrollo sostenible, conducción ecológica), “pasar”, por eludir o no participar, relegando el sentido de pasar de un sitio a otro, por un lugar o al interior de un recinto... Y también “pasar” en la acepción de trámite necesario para la consecución de otra cosa. Fue Adolfo Suárez, a principios de los ochenta, el que primero empleó construcciones del tipo “la modernización de España pasa por un proyecto político de centro-izquierda”. Luego se ha podido leer, en medio de una plaga mimética: “La lucha eficaz contra el terrorismo pasa por el mantenimiento de España en la OTAN” (Alfonso Guerra, 1986), “El futuro pasa por la ciencia” (José Blanco, 2010), “La Liga pasa por el Atlético” (titular de 2012)... Todo pasaba y pasa por. El mecanismo social de causas y efectos es un tren que, pare o no pare, pasa por estaciones sucesivas, mientras ignora, por añadidura, el significado de suceder que también tiene pasar. El cambio semántico que así se opera es muy sustancial. Porque no es lo mismo pasar que ser imprescindible. Parecido a lo que ocurre con “apostar”. Si se apuesta, se puede ganar, pero si los que apuestan pierden, no tienen responsabilidad, puesto que es en un juego de azar. Si hay que pasar por un sitio para llegar a otro, porque no existen otras vías (lo cual es muy pesimista), la idea que prevalece es la de tránsito, no la de gestión o procura de un bien.

Otros ejemplos de malversación léxica se podrían aducir. Lo que ocurre con los términos “valores”, “alucinar”, “encanto”, “nominación”, “protagonista” (“la lluvia, protagonista del fin de semana”), pero hay una palabra que suele “protagonizar” precisamente un comportamiento “espectacular”, y es la palabra “emblemático”.

JOSÉ M^a GARCÍA LÓPEZ

También, desde un probable arranque político-turístico, ya casi todo es emblemático, un bar o el volcán Popocatepetl, cualquier cosa menos un emblema. Qué se pretende con tal abuso de emblematismos sin sustancia, si no es liquidar el significado que tenía la palabra “emblema”. ¿Por qué antes la utilizaban con propiedad hasta los analfabetos? Es como si otros, cerriles y sumisos, dijeran: nosotros oímos y repetimos, no queremos saber de significados, no queremos saber si la lengua se va adecuando a la realidad o la recrea, ni admirar a quienes sí la usan con precisión, variedad y elusión de tópicos. Imitamos a las máquinas, reducimos nuestra expresión a un corpus mínimo y de uniforme sentido.

En lo que atañe a la morfología, no podía suceder más que algo semejante, un fenómeno que aquí podríamos calificar de mutación espuria, en cuanto a que los morfemas son usados con una flexibilidad que es ajena al régimen y a la semántica de nuestra lengua, son descolocados o pretenden adquirir una carta de naturaleza precipitada e ignorante. Véanse los casos de uso del prefijo “super” con cualquier sustantivo, adjetivo o adverbio: “un supercoche”, estar “supercontenta” o “superbién”, que no apuntan más que a nuevas desconfianzas del verdadero valor de los núcleos de estos sintagmas y a una descalificación general de la realidad. Los usos televisivos de leísmos femeninos (“le tocas”, por “la tocas”, “le besas”, por “la besas” y otras ultracorrecciones).

Se dirá que tales vicios vienen dados por tendencias imposibles de rastrear, las cuales afectan a las lenguas en todas las épocas y no tienen una motivación política concreta. Pero eso es una falsedad más. La democracia española nació con unas alas que fueron pronto recortadas. Monarquía, UCD, golpe semifrustrado y PSOE son los cuatro pasos fundamentales de la Transición, porque lo que ha venido después, o se ha prolongado, ya queda desposeído de toda esperanza de acceso a un cambio radical en la sociedad y merece otro tipo de análisis, que se esbozará más adelante y a tenor del título de estas reflexiones. Las ideas de democracia, Estado de derecho, amparo constitucional, Estado del bienestar (semitautología),

igualdad cívica entre los sexos, libertad de expresión, reparación política, legalización de una amplia gama de formas de vida en las personas, asistencia, reinserción social o muerte digna... y algunos ideales más (con frecuencia insinceros), han caído sobre muchas mentes como una lluvia demasiado compleja y ácida. Muy susceptibles de oportunismo frívolo y tergiversación, han inundado un territorio nada instruido previamente (el ejemplo más dramático es el de la masacrada enseñanza española, pública o privada, salvo en las excepciones oligárquicas que no varían), un territorio abonado de incapacidades cognitivas e indisciplinas ante el razonamiento y el deber, sembrado de prejuicios miméticos y soberbias.

A partir de ahí fue naciendo, sin puntualizaciones ni exigencias técnicas solventes, una euforia irreflexiva, una advenediza altivez, que ocultaba un sometimiento, y una jovialidad basada en el espectáculo (habitualmente de ínfima calidad), la ilusión gastronómica, el consumo de pago aplazado, la subvención de la nadería y la televisión. Cómo no iba la lengua a hacerse eco de tales señuelos y trampas. Cómo no los iba a acusar o a denunciar después. El origen estaba ahí, en el abandono de un control inteligente y valeroso por parte del Estado pseudosocialista, en la inercia de su autotraición, en su doblegamiento ante los poderes del conservadurismo, en su aceptación de la rapiña del antiguo régimen, en su connivencia con el capitalismo bancario y las mafias multinacionales. De ese doble juego nacía el otro del lenguaje verbal. No es extraño que sobre los conceptos denotativos de las cosas y los seres, y por las apariencias de la democracia, los hablantes masificados hayan ligado el prefijo “super” por doquier, que hayan vacilado en el uso de los pronombres con caídas en leísmos antes no oídos, abusado de la fórmula “tener derecho a (cualquier cosa)” (“tengo derecho a respirar mejor”, que reza una secuela publicitaria) o se hayan alineado con los descensos permisivos de la RAE.

Pero he aquí otros ejemplos de morfología estulta que podrían añadirse a tales relajaciones, a la aceptación “democrática” de la contradicción o la mentira: el oxímoron que aparece en expresiones como

JOSÉ M^a GARCÍA LÓPEZ

“desastre humanitario” o “discriminación positiva”; la reincidencia timorata e indocumentada en la elusión de las generalizaciones en género masculino (“los ciudadanos y las ciudadanas”, “todos y todas”), cuando los emisores son luego incapaces de proseguir el discurso con esa distinción, e incurriendo precisamente en exclusiones de sexo sin dejar de pretender lo contrario; la preferencia del demostrativo plural de tercera persona sobre el artículo (“aquellos contribuyentes que...”, “aquellos interesados en...”, en vez de “los”, pues se trata de un determinante de objetos inmediatos: cuidado, que la realidad no esté cerca, que no se alcance a ver su problemática verdad).

Llevaría demasiado lejos hacer un buen recorrido de los niveles sintáctico, retórico y semántico a fin de abundar en idéntica orientación, por lo que bastarán unos pocos ejemplos de tópicos y desviaciones, unas veces procedentes del uso incompetente del castellano, otras de la pedantería periodística o deportiva contagiada de anglicismo, otras de la pretensión, ya mencionada, de ser ingeniosos metaforizadores e hinchar demagógicamente contenidos elementales de supuestas grandezas, siempre entroncados en la endeblez política y en la dimensión hedonista que se asocia con ligereza igualatoria a la democracia.

Para los ejemplos aludidos (con su ideológica ponzoña genérica y específica) podrían servir los clichés empleados cuando alguien encuentra una nueva pareja, tras una separación, y se dice que “ha rehecho su vida”, cuando ese alguien “arrasa con algo” (en vez de arrasar ese algo, directamente, o arramblar con algo) y le comunica a otro, “entre comillas”, que “lo va a flipar”; cuando dice que se va de viaje para “cargar las pilas” o “para desconectar” (como si fuera un mecanismo susceptible de quedar sin energía y poder recuperarla), cuando, a pesar de todo, afirma que tiene “un espíritu joven” y que él no va a “bajarse los pantalones” (entre una legión, Javier Cercas *dixit*, abril 2009) ante determinada imposición; cuando se refiere a diversiones para “los más pequeños” (excluyendo su ñoñez a los meramente pequeños); cuando reconoce que “Gasol se ha convertido en leyenda” o que el Barsa “hizo historia”. Esta oración, por cierto,

tiene conexiones poético-épicas de un exaltado *desideratum* nacionalista: recuérdese el poema de Martí i Pol (cantado por Lluís Llach en 1982), aunque ejemplos habría miles: “Convertirem el vell dolor en amor / i arrivarem solemnes a la historia”. Tales referencias a la leyenda y a la historia como nirvanas maravillosos adolecen de sendas tergiversaciones, más peligrosas porque parecen inocentes o positivas. Ni lo que acontece en el presente puede ser leyenda de la noche a la mañana, ni hay forma de llegar, con solemnidad o sin ella, a ninguna historia. Todo lo que pasa “hace” historia, o más bien la historia es el conjunto de los hechos que suceden. Pero hay otro uso del verbo hacer todavía más abundante y pernicioso, el del plagio y ampliación del auxiliar inglés “to do” en oraciones como la siguiente: “el lunes llovió, pero el martes no lo hizo”, o la del periodista Hermida en entrevista de diciembre de 2012: “Nadie me ha impresionado tanto como lo hizo Kennedy”.

Otra breve ilustración de inepticia político-sintáctica, puerilidad e inconsistencia de pensamiento, la suministró el expresidente Zapatero (y su cita reiterada no indica récord negativo entre otros políticos y hablantes en general), cuando dijo en la televisión a finales de mayo de 2009: “El señor Rajoy sólo hace que poner zancadillas”, o en fechas próximas: “Me reafirmo en que las expectativas de gobierno es que hemos llegado...”. Curiosamente, el mismo ZP, antes Felipe González y de manera muy señalada el señor Rubalcaba tienen una manía paralelística al construir ciertas afirmaciones. Y aquí ya hay un caso palmario de trasplante al partido que teórica y prácticamente debería estar en los antípodas. Cualquiera de estos políticos podría decir (no son muestras literales): “No vamos a permitir difamaciones. No las vamos a permitir”. “Vamos a crear empleo. Lo vamos a crear”. “No vamos a eliminar las siglas S y O del PSOE. No las vamos a eliminar”.

¿Por qué esas codas, dando la vuelta pronominalmente a la frase? Eliminemos la fácil deducción de que se trate de rellenar espacio vacío, en el que no se tiene nada que decir, porque eso sí les ocurre a casi todos los hablantes por las leyes lingüísticas del mínimo

JOSÉ M^a GARCÍA LÓPEZ

esfuerzo y la redundancia, aunque no sean, salvo tics diafásicos o personales, tan sistemáticos. De lo que se trata es más bien de suponer que el receptor no va a enterarse con un enunciado y hay que cobrar su atención, cual si de una pieza de caza se tratara, en un segunda batida por el campo de la incomprensión. Pero si el mensaje fuera claro, ¿no lo entendería cualquiera a la primera? Otra posibilidad es que no sea más que un contagio publicitario, repetir la marca que se pretende vender (“la marca España”, se dice con absoluto cinismo o desvergüenza mercantil) para que se grabe en la mente de los clientes o compradores virtuales. En tercer lugar puede que estemos ante un recurso de advertencia, por vía contumaz, a la oposición política: ustedes no nos van a comprender y por eso damos la vuelta a nuestras frases; nosotros no nos vamos a cansar de reiterar, con ligeras variantes, lo que sea.

Y hay una cuarta razón, más difícil de probar pero no inverosímil, y es la del recurso rítmico de los poemas primitivos de todas las tradiciones literarias conocidas. Los políticos, y ciudadanos seguidores, que hablan poco y mal, aunque escuchen mucho y aplaudan más, habrían retrocedido a esos balbuceos en que la música ritual surge fundida con la palabra: *jarchas* románicas en las moaxahas arábido-andaluzas, versos de vuelta o *leixaprén* en las cantigas de amigo de la lírica galaico-portuguesa, estructuras paralelísticas similares en las *cançons* trovadorescas catalanas y provenzales, estribillos de villancicos castellanos, manierismos y barroquismos formalistas... ¿Yacen aquí, en los principios quasi sagrados del estro poético, las claves de la reacción referida? Que el progreso y el deseo de invención son comprometidos y dan miedo, y que los políticos se sienten siervos de posibilismos inmovilistas o retrógrados, pudiera ser la pulsión inconsciente para ese paralelismo casi bailable a cuya cantinela se aferran perdidos y en la única transmisión viable de la perdición. Esas frases de ida y vuelta, genuinamente socializantes pero cada vez más asimiladas por la derecha, pudieran ser también la tapadera de la acción prohibida de volver a algún origen personal, a una realidad íntima. Porque, ¿dónde se hallan a tales alturas de la falsedad

las matrices de las ideas, los afectos y los deseos de quienes han profesionalizado la política? ¿Qué enlace humano, qué trabajo, les queda ya con alguna esperanza, con las excepciones de los que se retiran a tiempo y “rehacen su vida”?

3. Hablando de vida, y habiendo citado los verbos “cobrar” y “aplaudir”, viene a cuento una observación más, ya en los ámbitos de la semántica y la semiología social. Es muy frecuente oír en los medios de comunicación que tal o cual acción humana o fenómeno natural “se cobró” un número X de vidas y asistir a los aplausos de la muchedumbre al paso de los féretros de las víctimas. Cómo puede haberse aclimatado tan bien el verbo “cobrar” a esas circunstancias. ¿Los muertos debían su vida y por eso alguien o algo se la cobró? ¿Eran piezas cinegéticas y algún cazador abstracto las cobró en su habitual ejercicio? Y ¿cómo entender los aplausos a esas piezas vitales cobradas o debidas? Si los vivos aplauden a los que mueren (sin acción ejemplar ni voluntaria) y justifican el cobro de sus vidas obedeciendo con entusiasmo la orden de aplaudir, cómo no va a aceptarse la sumisión política de los hechos consumados, la palabra para imponerlos por una intermediación de esbirros oportunistas.

Derivaciones más graves son la de la vigencia del lenguaje verbal como generador y vehículo del pensamiento y la del mismo como desenmascarador de las políticas débiles y equívocas, cuando no interesadas y traidoras. En primer lugar hace mucho que este lenguaje está siendo sofocado por otras formas de comunicación, por otros medios más distantes, entrópicos y veloces. El pensamiento era conducido antes por el *continuum* sintáctico del lenguaje, también por sus silencios retóricos y su teatralidad, que podía producir sorpresa, expectativa de respuesta y reflexión. Iba como los relojes de agujas al hilo del tiempo machadiano, pero hoy se guía por impulsos que han mermado el fluir diacrónico, es decir, las condiciones para madurar que requieren los hechos y los seres. La comunicación actual es de manchas léxicas recortadas o apocopadas, en los mensajes por telefonía móvil suelen aparecer códigos lingüísticos, matemáticos,

JOSÉ M^a GARCÍA LÓPEZ

sígnicos de cualquier canal reciclable. Ya no son preocupantes la redundancia, la tosquedad, la transgresión ágrafa, la impropiedad. Y consecuentemente ya hace tanto tiempo que no se asiste a la opinión de que alguien habla bien o que dice cosas interesantes y nuevas. Como ahora, por lo demás, se escucha y no se oye, los políticos son escuchados, o sea: se les escucha hablar, o a veces se lee que escriben algún ocasional artículo, pero no se oye ni se entiende lo que dicen, no se cree, no se espera nada de ello. Proliferan “por contra” las denominadas abusivamente “redes sociales” (*facebook*, *twenty*) y hasta el “expapa” Ratzinger tuvo una cuenta en *twiter*. No es que esto esté mal, ni bien, y además es inevitable. Se trata de registrar una evolución técnica que pudiera ser magnífica y revolucionaria, pero que masiva y políticamente propende a una involución simplificadora, muy apta para suplantaciones y falsedades.

Llegamos aquí a la segunda y última observación, que retorna al título de este artículo y se refiere al lenguaje que antes servía para desenmascarar a políticos incapaces y embusteros, pero que ya no es útil para tal labor crítica. Los socialistas de la Transición podrían haberse visto superados por la realidad y haber tratado de adaptar su lenguaje, sin conseguirlo, a una especie de solapada supervivencia. Sus discursos podían ser leídos por dentro. Sus palabras se cuidaban de mentir, pero ese cuidado delataba que en alguna parte había un contenido, por más que sus emisores lo estuvieran malversando a extremos autodestructivos. El partido político que, también por contrasentido, se llama “popular” ya no necesita tanto mentir, ocultar o dorar ninguna píldora. Se habrá dado cuenta de que la lucidez de los analistas, los que aún hablan y escriben, ha tenido una incidencia insignificante y ya recurre menos a la falsificación.

La derecha, que ha retornado al poder sobre un tobogán socialista, siguió en un principio mintiendo, pero las mentiras acumuladas eran ya transparentes y no se requería sutileza lingüística para descubrirlas. Decidió entregarse al cinismo, cuando, en mayo de 2012, el señor Rajoy, dijo (“aquello de”): “Haré cualquier cosa que sea necesaria (para sacar a España de esta situación), aunque no me guste

y aunque haya dicho que no la iba a hacer”. Fijado este principio, qué conseguiría el análisis de los modos expresivos de quien lo formula. Y ¿puede un presidente de gobierno decir que va a hacer lo que sea en contra de lo que haya dicho? Aquí surge el principio de contradicción. Pero ese presidente continúa, increíblemente, siéndolo y, por ahora, no pasa nada. ¿El lenguaje ha retrocedido tanto que ha llegado a las fronteras de la inanición del pensamiento y la dignidad de las personas? Tampoco: el lenguaje sigue vivo y el pensamiento alienta, seguramente hasta en algún político de derechas que permanece agazapado. Él está a punto de salir de su caverna. Y saldrá hablando y pensando con la cínica precisión de Diógenes, pero también con sintaxis y léxico propios. A la vez los mercaderes y banqueros se harán cultos y algo semejante harán los obispos y ministros. Sólo entonces, ya en el territorio de la verdad expresa, blindada a toda malicia de analista semiológico, la verdad discreta y luminosamente descrita que nos haya retrotraído a los años premarxistas del siglo XIX, será posible volver a concebir, por pura lógica, la revolución. Lo único, entre todas las cosas posibles, que todavía no ha sucedido, ni aquí ni en ninguna parte.



JOSÉ M^a GARCÍA LÓPEZ ES LICENCIADO EN FILOLOGÍA HISPÁNICA Y ESCRITOR.